do al padre Luis. Crispulo gastó en Madrid, durante largos años, una buena parte de su patrimonio, y a su regreso, cuando tenía ya veinticinco de edad y había resuelto no concluir la carrera de Derecho, apenas comenzada, ofrecióse a los atónitos ojos de los lugareños como un señorito achulado, alegre, listo y fanfarrón, con una maravillosa leyenda de amoríos, lances y bravuconadas, que hicieron de él, por el momento, un personaje interesante y novelesco. Fué entonces cuando se sintió atraído hacia la política y le hicieron concejal.

Don Juan, aceptando un cigarrillo que le ofreció Crispulo, preguntó a éste:

—¿Y qué, has sentado ya la cabeza? ¿Concluiste la carrera?

—No, señor—contestó con gesto despectivo, apoyando insolentemente la espalda en un ángulo del coche—. Me vine de Madrid por no quitar de en medio a uno de los profesores, que le había dado por suspenderme. ¿Y sabe usted por qué? Pues porque sí, porque le daba la gana... Es una historia. Le tuve lástima, y me contenté con darle dos bofetadas. Es mi mal de siempre, ya lo sabe usted, como lo saben cuantos me conocen. Tengo la mano un poquito larga, y en cuanto me molesta un hombre... Mi vida es una historia, don Juan.

Estaba Crispulo, como he dicho, recostado en el ángulo del coche, y conforme hablaba, con aquel tono de insolencia con que lo hacía, miraba al padre Luis, y lo miraba con un descaro y una osadía casi retadoras, lo que inquietó un poco a D. Juan y a su esposa, porque advirtieron cómo las monjas alzaban la vista para mirar al bravucón, y cómo asimismo el reverendo, cerrando el libro, levantó la inclinada cabeza, y con el busto erguido y la mirada firme y severa, examinó despacio todos los rostros de los viajeros, y luego se incorporó, asomándose a la ventanilla, para preguntar a Luco si llegarían antes de las tres a Amaranto, porque tenía que predicar allí aquella tarde.

Rodaba la diligencia por la blanca y polvorienta carretera, y el sol caía ahora a

plomo caldeando el coche, porque era una mañana clara y luminosa, y marchaban por un camino reseco, sin arbolado, todo el ambiente en calma, sin un soplo de brisa, a esa penosa hora de las once, cuando la picadura de los tábanos tiñe de manchas roja la piel sudorosa de las bestias.

Crispulo, con descortés desenfado, se quitó la americana y el chaleco, y al dejarlos sobre el asiento rodó fuera del bolsillo su pistola, yendo a caer al fondo del coche, junto a los tímidos pies de las hermanitas. Estas, como electrizadas, alzóronse con susto, y el bravucón recogió el arma riendo, y al tomarla, así como al descuido, enfilaba el cañón hacia ellas una veces y otras hacia el padre Luis, y refirió a don Juan los lances en que aquella pistola había robustecido el prestigio de su valentía; «porque todos saben que me cuesta menos matar a un hombre que matar a una mosca».

Las hermanitas, muy atemorizadas, le suplicaban que guardase el arma cuyo manejo era tan peligroso, y lo hacían casi gimiendo, tapándose la cara con las blancas manos, trémulas las vocécitas místicas, voces infantiles y graves, tan sabias en la oración como torpes en la ciencia del mundo.

—¡No, no, por Dios! ¡Que el demonio puede tentarle! ¡Por Dios, guárdese la pistola! ¡Qué susto!

Complaciase Crispulo en mantener la alarma de aquellas blandas siervas del Señor, y durante la escena, Don Juan, con una mueca extraña, fingía una risa que era un guiño grotesco, y el reverendo, fijos en su libro los ojos enrojecidos de ira, simulaba una atención profunda, como totalmente ajeno a las bravatas de Crispulo y a las exclamaciones de las monjas. Sotera, la señora obesa y asmática, alargó trabajosamente el brazo y dijo, con la autoridad que le permitían sus años:

—Guárdate eso, Crispulo; guárdatelo en seguida. Las pobrecitas se han asustado mucho.

El ex-estudiante de Derecho y joven concejal de Cienciella obedeció, sin dejar de reír, y contaba (siempre hablando con don

Juan) que él solamente en casos de verdadera necesidad usaba de la pistola, porque tenía los puños duros y la mano derecha tan lista, que si hubiera de sufrir examen en el arte de dar bofetadas, nadie le arrebataría el premio. Así, con éstas y otras valentías que narraba, habíase hecho tan antipático, que todos, mentalmente, estaban deseando que la diligencia diese vista a Venate para verse desembarazados de una compañía tan molesta. En esto advirtieron que el carruaje habíase detenido, sin que al margen del camino hubiese venta, lugar ni poblado que justificara aquel alto en la marcha; pero vieron cómo, a pocos metros del coche, el mayoral hablaba con un hombre en quien los viajeros, al verlo, reconocieron a un tal Josete, sujeto de pésima fama, ex-presidiario y vago por toda profesión. Este hombre disputaba con Luco sobre cierto negocio que entre ellos había pendiente, y los viajeros atendían con inquietud al curso que la disputa iba tomando, y mirábase unos a otros, llamando a grandes voces a Luco, y éste, aunque bien deseaba evitar una cuestión, no podía regresar a su puesto, porque Josete, pasando de las palabras a las obras, tenía sujeto por la solapa. El padre Luis entonces, muy alarmado, se levantó y dijo a Crispulo:

—Usted, que tiene tan excelentes puños y tan larga mano, es el único indicado para poner paz, porque la disputa de esos hombres, si no la cortamos, tendrá un término sangriento.

—¿Yo?—contestó el aludido encogiéndose de hombros—. Esos no se matan. Además, la cosa no va conmigo, y sus razones tendrá Josete cuando sale al camino a pedirle cuentas. Todo será que luego el mayoral se desquite con los caballos, arreándoles de firme y llegaremos antes.

Los viajeros, oyeron con estupefacción y con contenida ira la respuesta de Crispulo. En la carretera, los hombres daban voces, insultándose. Las dos hermanitas y la señora asmática estaban consternadas. Desde la ventanilla les voceaba don Juan, queriendo calmarles, y el padre Luis, con

su palabra más suave y persuasiva, gritábales también desde el carruaje, exhortándoles a la paz, que Dios tanto había predicado entre los hombres, y llamaba a Luco para que ocupara su puesto. Pero los contentientes, irritados, no oían otra voz que la de su mutuo rencor. De pronto sonó una bofetada y Luco cayó a tierra bañado en sangre. Las mujeres dieron un grito, y el padre Luis, abriendo bruscamente la portezuela, se echó afuera. ¡Oh, estaba magnífico! Alto, robusto y ágil, no parecía ya el fraile de antes, manso y humilde. Era entonces como aquellos clérigos guerreros de las pasadas edades, que, orando mentalmente y sin abandonar la cruz, manejaban con gallardía la espada, y en lo más recio de los combates lanzábanse a la pelea contra los infieles invocando al apóstol Santiago.

Llegó en el instante en que Josete ponía sus rodillas sobre el pecho de Luco. El reverendo tomó por los hombros al bandido, alzándolo, y como éste se revolvió estupefacto y agresivo, detuvo aquél la mano que osaba acometerle, y, abrazándole el cuerpo con la otra, lo abatió hacia el suelo, y dijo a Luco, que se había levantado:

—Dame en seguida unas cuerdas, que es menester atar a este malvado y entregarlo preso a las autoridades del primer pueblo por donde pasemos.

El mayoral fué al carruaje a por lo que se le pedía, y en esto ya todos los viajeros habíanse apeado. El padre Luis lo sujetó fuertemente, y él mismo lo introdujo en el coche, dejándole en el fondo, tendido como un fardo.

¡Oh, la sorpresa y la admiración de todos! La señora anciana estaba como arrobada, mirándole, y las hermanitas ponían en él sus tímidos ojos con una dulzura infinita, porque pensaron que aquel valeroso eclesiástico tenía, como algunos guerreros antiguos cuyas vidas habían leído ellas, tenía—digo—la sabiduría santa de los apóstoles, y para las ocasiones difíciles tenían también el valor rudo y justiciero de los buenos hombres profanos. Sólo don Juan